

## **Un café céntrico de Cherif Mohamed Sibari**

A un grupo de cuatro funcionarios, se les sumó otro nuevo.

El hombre, muy educado y muy parco en palabras, siempre estaba sonriendo; nunca les llevaba la contraria. Le ayudaron a encontrar alojamiento. Le buscaron un pintor para que le pintase su piso, así como un electricista.

Se gastó todo el dinero que tenía, pues había pagado seis meses de alquiler por anticipado, y los contratos de la luz y del agua.

Lo que no lograba entender, y se hacía varias preguntas al respecto, era:

— ¿Por qué tengo que pagar la deuda del agua y de la luz del inquilino anterior?

Sus nuevos amigos lo avalaron en la droguería, y se pudo comprar la pintura a plazos.

En agradecimiento, les ofreció una fiesta en su nueva morada. Se gastó más de la mitad de su paga mensual.

Todas las tardes, al salir del trabajo, se dirigía al café, para encontrarse con los cuatro funcionarios.

Hablaban de todo; de fútbol, de cosas del trabajo, de sus problemas familiares, etc.

Cierta tarde, el número uno de los cuatro les dijo:

— Ayer, en el mercado, compré tres kilos de gambas, dos langostas, un bogavante, dos kilos de langostinos, dos de calamares, dos de salmonetes, dos de merluza y medio cordero.

— ¿Y para qué has comprado tanta carne y pescado?, le preguntaron.

— A mí, siempre me gusta tener el congelador lleno.

La charla prosiguió durante más de una hora.

El número uno les dijo:

— Perdonadme un momento, voy a los servicios.

Nada más darles la espalda, comenzaron los demás números:

— ¡Será presumido!

— ¡Nos está tomando por tontos!

— ¡Pero si este muerto de hambre no compra más que sardinas, y siempre a las dos de la tarde, cuando sólo vale uno o dos dirhams el kilo!

— ¡Medio cordero! ¡Si no come carne más que en el Aid El kebir!

El hombre volvió de los servicios. Silencio sepulcral. Sonriendo, todos pagaron sus consumiciones y cada uno se fue a su casa.

Al día siguiente, y como siempre, se encontraron en el café por la tarde.

El número dos les dijo:

— Mi hijo mayor me ha enviado un giro con setecientas mil pesetas desde Barcelona.

Al levantarse para ir a comprar tabaco, los demás números...

— ¡Setecientas mil mierdas, es lo que le mandó su hijo!

— ¡Qué mentiroso! ¡Pero si su hijo no trabaja, y además el paro en España es enorme!

— ¡Como no esté trabajando en lo que vosotros sabéis...!

Se reían a carcajadas. y el nuevo funcionario no hacía más que ver, sonreír y callar. Como todas las noches, pagaron al camarero y cada uno se fue por su camino.

Al tercer día, el número tres les dijo:

— Esta madrugada cuando iba a rezar, me encontré una cartera repleta de billetes de doscientos dirhams, y cuando salí del trabajo al mediodía la eché en el buzón de correos.

— ¡La pidió en matrimonio varias veces a sus padres, pero la chica no quería!

— ¡Yo lo vi llorar por ella!

El quinto día era fiesta, ese día se encontraron los cinco en el café por la mañana.

Durante dos horas estuvieron hablando de sus padres.

— Mi abuelo era un sabio y un millonario.

— Mi padre perdió una fortuna haciendo obras de caridad, etc.

El funcionario estaba inquieto, se retorció despacio. Empezó a gemir y más tarde casi se puso a gritar. Algunas lágrimas se le cayeron mientras que con sus manos apretaba su bajo vientre.

Ante tanto dolor, le preguntaron sorprendidos:

— ¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que te duele?

— ¿Por qué lloras?

— ¡Me estoy meandooooooo!

— ¿Y por qué no vas a los servicios?, le dijeron al unísono.

— ¡Porque tengo miedo de que habléis mal de míiiiiiiiiiiii!